

que en Cocula en el seno de su familia...
Y en estos terribles episodios...
en el momento en que los imperialistas...
Y en estos terribles episodios...
en el momento en que los imperialistas...
Y en estos terribles episodios...
en el momento en que los imperialistas...

CAPITULO XXI.

LA VIDA EN UN HILO.

Otra escena de emociones, pero con incidentes algo cómicos se representó á los pocos dias de los sucesos que acabo de referir, en Guadalajara.

Pido perdon al lector si encuentra triviales ó sosas, algunas de mis relaciones: escribo lo que se refiere á aquella época por el orden en que lo consigna mi libro de memorias. Yo no tengo la culpa si no son todos los acontecimientos igualmente interesantes y conmovedores.

Mi amigo el general Apolonio Angulo, que pudo salvarse milagrosamente de la prision y muerte que le amagaron en Cocula, burlando la encarnizada persecucion que le hicieron las autoridades imperialistas,

ocurió á ocultarse en Guadalajara en la casa del Sr. D. Isidro Rodriguez, á la vez que este se encontraba en su negociacion de Tequila.

Con todo género de precauciones, era como lo grábamos los amigos de Angulo visitarle en aquel encierro, que era vigilado como lo eran todas las casas sospechadas siquiera de no ser afectas á la monarquía. Ocupaba aquel un cuartito colocado en lo alto de la casa, á guisa de mirador, en el cual tenia que pasarse los dias y las noches encerrado completamente. A veces se paseaba por las azoteas desde que comenzaba á oscurecer é iba á contemplar las calles y á ver á las gentes que paseaban á favor de los rayos de la luna.

En una de esas noches habia prolongado hasta más tarde la hora de su paseo: la noche estaba espléndida y se habia sentado al borde de la azotea que daba para la calle extasiado con el espectáculo que ofrecia la luna llena esparciendo raudales de blanca luz sobre el agrupamiento de edificios que tenia delante.

Distraido con esta contemplacion no observó que habia unas personas detenidas en la acera de enfrente y que habian alzado la cabeza á mirarle como queriéndole reconocer.

Angulo estaba alelado contemplando la luna. Las dos personas que se habian detenido enfrente hablaban en voz baja.

De repente uno de aquellos individuos dijo con voz fuerte dirigiéndose al de la azotea.

—¿Que haces tu allí?

Angulo confundió aquella voz con alguna de sus amigos y contestó con llaneza:

—Yo tomo el fresco, y tú, ¿que andas haciendo á estas horas?

—¡Hein! dijo el de la calle con cierto tono en que demostraba que no le habia gustado el tuteo.

—¡Bonita noche! dijo Angulo comenzando á inquietarse, pero queriendo continuar de broma agregó: ¿te gusta?

—¿Quién es vd? dijo el de abajo con toda la entonación de una autoridad.

—¡Sopla! murmuró Angulo, por lo bajo, pero no queriendo manifestarse desconcertado agregó:

—¿Y Vd. quien es?

—Ahora sabrá vd. quien soy, dijo el que habia estado llevando la voz, con tono mas que amenazante.

En seguida aplicó á sus labios su pito de sereno, con el cual produjo un sonido particular que atrajo á poco tiempo á cinco ó seis agentes de los de la policia.

¿Quién habia de ser el que estaba en la calle? Apolonio Angulo pudo reconocerlo con la primera luz del primer farol que se le aproximó. ¡Era nada más que el Alcalde Mayor D. Santiago Aguilar! Un magnífico hombre, pero una autoridad intransigente.

La esposa de D. Isidro Rodriguez que ocupaba el piso bajo, observó desde su alcoba lo que estaba pasando, se vistió apresuradamente y saltó del lecho.

En esos momentos el Sr. Alcalde Mayor daba tres golpes sonoros en la puerta con el mango de su pistola.

La esposa de Rodriguez, inteligente y perspicaz, aunque ya estaba levantada, se asomó á una ventana envuelta en ropas de cama y dijo á los que llamaban:

—Permitanme Vds. vestirme en un momento, para poder salir á abrirles la puerta.

Corrió entónces al interior de la casa y despertó á uno de los dependientes.

—Pronto, le dijo, vistase Vd. y suba á ocupar el puesto de una persona que se encuentra en el cuarto de arriba.

El dependiente abrió azorado los ojos sin poderse dar cuenta de lo que pasaba.

—No tarde Vd., hombre: ¡presto! despues sobrá tiempo para las explicaciones.

En seguida tan apresuradamente como le fué posible salvó los treinta escalones que habia para llegar al cuarto que se encontraba en la azotea.

—Huya Vd. coronel, dijo la señora empujando casi á Angulo que todavía no sabia que partido tomar.

—Pero señora.....

—Huya Vd., pero pronto..... pronto..... ¿No ve Vd. que si lo aprehenden aquí ahora, es seguro que lo fusilan mañana?

—¿Y á donde he de huir?

—A donde pueda, el caso es que no le encuentren aquí el Alcalde Mayor y sus gentes.

Y como no habia tiempo de hacer consideraciones ni de entrar en detalles, entre la señora de Rodriguez y el dependiente que habia llegado á ocupar su

puesto, comprendiendo ya una parte de la historia, empujaron casi al coronel Angulo, el que se deslizó por las azoteas, yendo á descolgarse en la casa de un antiguo amigo nuestro, del Lic. Atenógenes Andrade, que se habia refugiado allí huyendo del Prefecto de Colima.

Las gentes de esa casa se alarmaron naturalmente, y mientras Angulo trataba de tranquilizarlas, explicándoles que era un prófugo que buscaba por allí salvacion, la señora de Rodriguez despues de haber aleccionado brevemente al dependiente que habia ocupado el lecho de Angulo, bajó á abrir á los agentes de la policia.

El Sr. Alcalde Mayor penetró á la casa seguido de ocho hombres con sus linternas, los cuales se esparcieron por las piezas buscando á la persona sospechosa de la azotea y no encontraron mas que á otro dependiente y á un mozo que no podian infundir sospechas.

Despues de haber registrado la parte baja sin éxito alguno, se dirigieron todos á la parte superior, donde, como he dicho, á guisa de mirador habia un solo cuarto en medio de prolongadas azoteas. Allí no era posible que pudiera escaparse nadie de ser encontrado: el cuarto era uno solo y las azoteas estaban tersas. Pronto dió el Alcalde Mayor con el dependiente que estaba ocupando el lecho del perseguido y le preguntó:

—Quien era el que estaba en el borde de la azotea?

—Yo, contestó el dependiente con voz de flautin.

—Levántese Vd.

El dependiente se levantó en paños menores.

—Vd. es bajo de cuerpo y delgado, dijo el Alcalde Mayor volviendo la vista á todos lados en busca de su verdadero hombre, y la persona que me habló es gruesa y corpulenta.

—Era yo, volvió á decir el dependiente con su voz aflautada.

—Esa voz tambien: . . .

La señora de Rodriguez estaba detras de todos, pudiendo apenas contener la risa.

Luego agregó el Alcalde Mayor:

—Y en la suposicion de que sea Vd. el que me habló con otra voz y con otro cuerpo desde aquella azotea que vé á la calle, ¿que hacia Vd. allí?

—No podia dormir, Señor, y me fuí allí á tomar un poco de fresco.

—¡Hum! pronunció el gefe con aire de perfecta incredulidad, el verdadero pájaro se nos ha escapado.

—Aquí no hay pájaro ninguno, exclamó la señora de Rodriguez fingiendo enojo, Vd. puede registrar otra vez la casa. . . . Sobre todo, Vd. sabe que mi marido está ausente. . . .

D. Santiago que era caballeroso con todo el mundo y fino en extremo con las damas, reparó en que estaba causando, tal vez sin motivo, alguna molestia á la Señora de Rodriguez, presentó sus excusas y se despidió de ella haciendo salir por delante á toda su gente.

—Buena broma nos han jugado, dijo el Alcalde Mayor preocupado con lo que acababa de suceder, cuando estuvo en la calle.

—¿Pues de quién cree Vd. que sea la voz de la persona que le habló? le dijo el sargento.

—De Apolonio Angulo á quien conozco como á mis manos.

—Está aquí el coronel?

—Se escapó de Cocula y hubo quien me dijera que lo había visto entrar á esta ciudad.

—En ese caso, mi jefe, me permito indicar á Vd. que nos quedemos cuidando las casas inmediatas.

—Es preciso tener cercada toda la manzana y llevar un apunte minucioso de las personas que entren y salgan. Con una persona sola que lleguemos á encontrar sospechosa, se puede responder de que nos vengaremos de la burla que nos ha jugado la Sra. de Rodriguez.

Esto pasaba en la esquina de la calle, en donde se perdieron cinco minutos más arreglando perfectamente aquel servicio.

Entre tanto Angulo había tenido tiempo de disfrazarse con ropa de paisano que le proporcionó Andrade: cuando los policas llegaron á acapar su puesto, el fugitivo se encontraba en mi casa que no estaba lejos del punto en donde se había verificado la aventura.

Al día siguiente salió de Guadalajara para ir á incorporarse con el general García de la Cadena que con algunos *chinacates* ocupaba el cañon de Juchipila

Incidentes de esta naturaleza, en que la vida de los hombres dependía las más veces de una circunstancia casual, acontecimientos más ó menos tristes, más ó menos desgraciados, más ó menos desgarradores, más ó menos violentos, se verificaban diariamente en todas las poblaciones del país durante aquella aciaga época.

Se necesitaría llenar volúmenes para referir siquiera los más culminantes entre los que supe y presencié, así pues, paso por alto otros muchos para continuar contando mis propias aventuras, iba á decir, en vez de desventuras.